

AÑO I — Nº 4 — 1971

EDITORES:

- Hermes Benítez
- Augusto Bolívar
- Franz Hinkelammert
- Jorge Vergara

**COLABORADORES
PERMANENTES:**

- Enzo Falletto
- Juan Rivano
- Eduardo Ruiz
- Norbert Lechner
- José Revueltas

Diagramó la portada

Enrique Cornejo (*PENIKE*)

Ind. Imp. Bío - Bío

SUMARIO

- PAUL SWEEZY**
5 Entrevista sobre Chile
- PRT ARGENTINO**
12 El dilema del Socialismo Chileno
- FRANZ HINKELAMMERT**
22 Acumulación socialista, interés de clase del proletariado y alianzas de clase
- ERNEST MANDEL**
55 La ley del valor, la autogestión y las inversiones en la economía de los Estados Obreros
- EDISON OTERO**
67 Crítica del Leninismo
- COMENTARIO DE LIBROS
PILAR VERGARA**
80 La Nueva Económica de Preobrazhenski

TERCER MUNDO acepta colaboraciones para su posible publicación. Autores o editoriales pueden enviar sus producciones para conocimiento y comentario. Se agradecerá el envío de opiniones o respuestas a los artículos publicados, de los cuales reproduciremos los más importantes. TERCER MUNDO es una publicación independiente que no representa, directa o indirectamente, los puntos de vista de ninguna institución u organización. Los enfoques aquí expuestos no corresponden necesariamente a las opiniones de la revista, la cual se pronuncia explícitamente cuando lo estima conveniente. Se acepta y ofrece canje con publicaciones similares, nacionales o extranjeras.

Suscripción anual (6 números) en el país Eº 80.— Suscripción anual para estudiantes y obreros Eº 60.
Suscripción anual aérea en América Latina US\$ 10. Suscripción anual aérea en Europa US\$ 14.

Pedidos, envíos y correspondencia, dirigirse a: TERCER MUNDO, A. Bührlé 051 - Santiago - Chile.— Las suscripciones deben solicitarse adjuntando cheque a la orden de TERCER MUNDO o, personalmente, en nuestra dirección.— Precio de Avisos: Una Página Eº 400.— Precio de este ejemplar, Eº 14.—

PRESENTACION

Este número está dedicado, en su mayor parte, a la situación nacional. Los trabajos que componen la unidad "El proceso chileno" son de naturaleza y fechas diversas. La charla de Sweezy y el editorial de Nuevos Aires corresponden a los primeros meses del nuevo gobierno. Se expresa allí la opinión de sectores de la izquierda argentina y norteamericana en aquél momento. Pero, lo que es más importante, se plantean con claridad algunos de los problemas políticos del presente. El artículo del PRT apareció en una revista de la organización, destinada a sus militantes y simpatizantes. Su publicación no compromete, obviamente, su opinión actual sobre la situación chilena. El ensayo de F. Hinkelammert cierra esta primera parte del temario. A diferencia de los anteriores, este artículo está orientado hacia el estudio de las condiciones económicas y sociales de la transición al socialismo en Chile. Estamos conscientes de la existencia de diferencias importantes de enfoque entre este trabajo y los anteriores. Esta falta de completa homogeneidad de puntos de vista se explica si se tiene en cuenta que esta publicación no representa los puntos de vista de ninguna organización. La Revista presenta, por su interés, estos materiales de difícil acceso, aunque ellos no expresen las opiniones de los partidos o grupos políticos nacionales.

E. Mandel se refiere, asimismo, al problema de la transición al socialismo desde otra perspectiva histórica. E. Otero escribe sobre algunos problemas que ha conllevado el leninismo como práctica política. Distinguimos claramente entre la obra de Lenin y los hechos de algunos leninistas. El número se cierra con un comentario crítico de P. Vergara sobre la principal obra de Preobrazhenski, el principal economista bolchevique.

Se nos ha señalado que estaríamos concediendo demasiada importancia al aspecto económico. Creemos que dentro de la izquierda chilena ha habido tendencia a minimizar este aspecto, a moverse entre generalidades. El temor al economicismo ha llevado, con frecuencia, a un politicismo. Nos parece que sin la comprensión de lo principal de la actividad económica no puede darse la comprensión de la sociedad en su transformación.

T. M. agradece a Pilar Vergara y Edison Otero por proporcionarnos trabajos inéditos suyos, a la dirección de Rearme por facilitarnos el artículo de Mandel, a los autores que nos han enviado trabajos para su futura publicación, y a tantos amigos de la Revista.

Por último, nos es grato informar a nuestros lectores de la incorporación del Prof. Franz Hinkelammert al Comité de Dirección de Tercer Mundo, cuyo valioso aporte contribuirá, sin duda, a mejorar esta publicación.

T. M.

Franz Hinkelammert

ACUMULACION SOCIALISTA, INTERES DE CLASE DEL PROLETARIADO Y ALIANZAS DE CLASE

La intención del siguiente artículo es analizar en términos teóricos la situación del socialismo chileno actual. Pero esta intención necesita una aclaración adicional. No se trata de hacer un análisis coyuntural, sino de plantear un posible marco teórico para la interpretación de la coyuntura actual chilena. O, para decirlo en otras palabras: discutir las condiciones de la posibilidad del socialismo en la situación, en la cual se encuentra el país.

Un análisis de este tipo evidentemente tiene que tener un determinado grado de abstracción. No se puede limitar en describir los elementos más concretos de la situación. Estos llegan a tener solamente su sentido en cuanto que se los encuadre en un marco de referencia más amplio y por lo tanto más abstracto. Los elementos concretos no se pueden concebir como los más cercanos, mientras los abstractos solamente tienen validez a largo plazo, sino los dos planos —el concreto y el abstracto—, están igualmente ambos presentes tanto en el corto como en el largo plazo. No puede haber duda de que en el planteo marxista existe la tesis básica de que los elementos concretos solamente pueden ser cambiados en el grado en el que son cambiados los marcos de referencia abstractos. Si no se toma en cuenta eso, el inmediatez de la acción se traga las posibilidades reales de cambio y el activismo revolucionario termina en la nada.

Claro es de que esta defensa de la discusión de los marcos de referencia abstractos de la acción no se hace para desprestigiar el análisis detallado de la situación concreta. Se hace para reivindicar el análisis de los conceptos abstractos que están en peligro hoy a causa de un determinado antiintelectualismo pragmático. Este cree que lo suficiente para hacer una revolución es querer hacerla. Se olvida de que hace falta saber lo que se quiere. Sin embargo, el único camino para saber lo que se quiere y como alcanzarlo, es reelaborar continuamente los conceptos abstractos de una manera tal que

puedan servir adecuadamente para la ubicación del análisis detallado de lo concreto.

Hecha esta advertencia, podemos tratar de resumir, a manera de introducción, el argumento principal del artículo que sigue. Nuestro interés es demostrar que la constitución de una sociedad socialista no es principalmente un problema del control directo de los medios de producción, sino más bien una resultante de una determinada forma de usarlos. El control social directo sobre los medios de producción y su nacionalización no es más que un paso inicial de un proceso, cuya finalidad es más bien la transformación entera del modo de producción capitalista y de sus relaciones de producción. La nacionalización no es un fin en sí, porque de por sí no soluciona ningún problema dejado por la sociedad capitalista. Al contrario, después y a través de la nacionalización se pueden reproducir en otra forma las mismas relaciones de producción, que se pretendía superar.

La discusión sobre el socialismo, por consiguiente, tiene que orientarse más bien por este fin del cambio de las relaciones de producción, o —en otras palabras— de los criterios de conducción de la economía socialista. El control sobre los medios de producción —la nacionalización— solamente se puede entender correctamente como una condición necesaria e inevitable de este cambio esencial de los criterios de conducción.

Pero estos nuevos criterios de conducción no son criterios inmutables de cualquier sociedad socialista. Al contrario, son criterios específicos de determinadas situaciones históricas. Por lo tanto, no se puede suponer de que alguna teoría del socialismo los determine de una vez por todas. Tienen que ser abstraídos de situaciones y así ser integrados en la teoría general de la acumulación socialista. Esa es precisamente la intención del siguiente artículo. Partimos de las relaciones entre la producción de mercancías y la estructura socialista. Esta discusión nos lleva a analizar las contradicciones implícitas de tal producción mercantil, para ver posteriormente las posibilidades de la estructura socialista de superarlas. A eso sigue una discusión de los elementos generales del fetichismo de la mercancía y una evaluación general del concepto socialista de la superación de las relaciones mercantiles de producción. El artículo termina con un análisis general del interés de clase del proletariado y la necesidad de alianzas de clase en la construcción del socialismo.

I. RELACIONES MERCANTILES, PRODUCCION DE MERCANCIAS Y EL PRINCIPIO DE LA MAXIMIZACION DE LAS GANANCIAS.

Entendiendo por socialismo una sociedad que supera las contradicciones de la sociedad capitalista, el análisis debe concentrarse primero en detectar tales contradicciones, para pasar con posterioridad a la discusión de las vías de su superación, o —lo que es lo mismo—, de las formas de superarlas.

La manera de producir la coordinación de la división del trabajo en la sociedad capitalista se describe mejor por el concepto de las relaciones mercantiles entre los productores. Estos intercambian los productos y usan el criterio de la maximización de la ganancia para ubicarlos. Por un lado, te-

dos los productos tienen precios y costos, y, por otro, se los combina según la ganancia que se produce en el intercambio de ellos. Los precios tienen por lo tanto un significado muy determinado; sirven como instrumento para efectuar tal maximización. Es importante en este contexto, separar bien el concepto de los precios y el de la maximización de las ganancias. Si bien la aplicación de precios tiende a producir el criterio de la maximización de las ganancias como criterio de conducción, la sociedad socialista precisamente se empeña en darle un uso a los precios en otro sentido. Este otro sentido nos describiría los criterios de conducción de la sociedad socialista, que tienen que derivarse del análisis que sigue.

El análisis del modo capitalista de producción nos presenta la utilización de los precios o —en otras palabras—, la producción de mercancías en un contexto bien determinado, que podemos resumir por dos líneas;

- 1) La constitución del poder sobre los medios de producción por la propiedad privada.
- 2) Una coordinación de la división del trabajo a partir de un sistema de precios, que se usa con el criterio de la maximización de las ganancias como principio de conducción.

Se trata entonces del hecho de que una determinada estructura del poder se transforma en determinado criterio de conducción.

En las dos líneas indicadas se dan contradicciones, que parten siempre del problema de la coordinación de la división del trabajo.

1. La maximización de las ganancias es, a primera vista, siempre la minimización de los salarios, como al revés la maximización de los salarios sería siempre la minimización de las ganancias. Esta maximización supone un poder de represión, a partir del cual incluye la necesidad de una clase dominante. La clase dominante sería, por lo tanto, aquella que efectúa tal maximización de las ganancias y que defiende la estructura social total, en la cual está insertada la maximización de las ganancias como principio de conducción del aparato productivo. Clase dominante, por lo tanto, no es simplemente aquella que recibe formalmente las ganancias, sino más bien aquella que aplica el criterio de su maximización. Los dos grupos —los que reciben la ganancia y los que la hacen—, no son necesariamente lo mismo. Al contrario, en el capitalismo moderno tienden a ser grupos distintos.

2. La contradicción de la proporcionalidad de la estructura productiva dentro de un sistema de la maximización de ganancias, vista desde el ángulo de su funcionamiento formal, equilibrio, pleno empleo, utilización de los recursos, etc.). La discusión de esta contradicción la vamos a postergar todavía un poco, para tomarla después como el ángulo central del análisis que sigue.

Si concentramos nuestro análisis ahora simplemente a la contradicción de clases mencionada bajo el punto (1), entendiéndola como la contradicción principal, se da una solución aparentemente muy fácil y cómoda. Se podría decir entonces: la contradicción entre maximización de ganancia y minimización de los salarios se podría solucionar siempre y cuando la pro-

pia comunidad obrera unida en la empresa se convirtiera en el sujeto de la maximización de las ganancias. Lo que el obrero entonces pierde por la minimización de los salarios, lo gana por la maximización de las ganancias. De esta manera la maximización de las ganancias parece perder su carácter contradictorio y se convertiría en un principio neutral de la coordinación de la división del trabajo. Producción de mercancías y socialismo aparecen como dos cosas compatibles, y la diferencia entre capitalismo y socialismo se describe ahora por la diferente forma de tomar decisiones en el interior de las empresas y de los conjuntos de empresas.

Pero no ha cambiado con la forma de tomar decisiones la propia estructura de decisiones. Estas siguen tomándose según el criterio de ganancias, cambiando su sujeto. Por esta razón, se puede describir el cambio en términos netamente jurídicos. Cambió un sistema de propiedad sin cambiar los principios de conducción del aparato productivo.

Bajo esta perspectiva se produce una imagen del socialismo, que lo divide muy abstractamente en dos corrientes: el socialismo totalitario y el socialismo democrático. El socialismo totalitario sería aquél que somete a la empresa a un plan central impositivo, mientras el socialismo democrático es descentralizador, tomando la ganancia como principio de conducción y la democracia formal como principio de generación del sujeto, que maximiza ganancias. La polaridad totalitaria-democracia se repite en la estructura económica como la polaridad plan-mercado. La democracia socialista significa ahora autogestión.

Lo que llama más la atención en toda esta posición es el hecho, de que la estructura básica del pensamiento liberal queda intacta. Cambiando el empresario capitalista, que se genera su poder por el capital y su título de propiedad, por el gerente socialista, que genera su poder a través de la asamblea de trabajadores, la sociedad habría dejado de ser capitalista. Igual como en la crítica más burda de las corrientes liberales (Hayek, Von Mises, etc.), la alternativa mercado-plan constituye el eje central para determinar lo que es la libertad en contra del totalitarismo, la racionalidad económica contra la irracionalidad del plan central, etc. Eso explica, igualmente, el hecho de que las teorías sociológicas y económicas propias de la sociedad capitalista pueden ser transformadas en teorías de esta sociedad socialista. Así el teórico yugoslavo Horvitz es un funcionalista neto en su interpretación de las clases en Yugoslavia, y el economista Vanek un representante de escuelas neoclásicas más ingenuas, más papista que el propio Papa. Prima este concepto liberal central, sin el cual el capitalismo no puede vivir: el equilibrio económico puede ser alcanzado por una producción de mercancías orientada por la maximización de la ganancia.

El camino del capitalismo al socialismo, en este caso, aparece fundamentalmente en el plano de valores y motivaciones. La democratización del poder a través de la participación en las decisiones se declara como de mayor justicia social, que repercute en una participación mayor en el producto y, por lo tanto, en una mayor motivación del trabajador para dedicarse a la tarea del desarrollo del país. Eso aseguraría entonces la posibilidad de efec-

tuar este salto del desarrollo. La estructura básica de producción —estructura promovida por la orientación de la ganancia—, parece neutral, un hecho natural y como presencia de una racionalidad económica dada. Esta sirve como forma objetiva, a la cual entonces se puede dar diferentes contenidos de valores y el marco de libertad del hombre se circunscribe por las alternativas de valores, que caben dentro de este marco neutral de la racionalidad económica a secas. La participación en las decisiones aparece entonces como nuevo valor.

Pero el problema verdadero se presenta de una manera muy distinta. Si la estructura de producción ya da un marco de las posibles alternativas, habría que analizar hasta qué grado las alternativas presentadas realmente satisfacen como medio para la meta del desarrollo. Está en cuestión precisamente la factibilidad de la racionalidad económica y del equilibrio dentro del marco de una estructura de producción orientada por la ganancia. Está en cuestión precisamente este marco, y no simplemente el contenido de valores, con los cuales se lo llena. Se trata de investigar las contradicciones implícitas de las relaciones mercantiles de producción para demostrar que la propia racionalidad económica exige romper este marco de producción en función de otros criterios de conducción, que den cabida a valores que no pueden entrar nunca en una estructura orientada por la ganancia, con participación o sin participación.

Por eso hace falta más bien aclarar, cómo la orientación por la ganancia —como principio de conducción—, opera sobre el equilibrio económico, la distribución de los ingresos y la estructura de clases en el sistema capitalista subdesarrollado.

Esta indicación del problema ya permite una primera reflexión sobre lo que es el plan. No es de ninguna manera necesariamente opuesto a la maximización de las ganancias. Eso es más evidente en el caso del plan indicativo, que es supletorio a la ganancia y que trata de conducir la economía más suavemente hacia una situación a la cual el mercado la llevaría sólo de todas maneras menos suavemente. Pero para que el plan sea eso no hace falta que sea un plan indicativo. También el plan obligatorio puede ser concebido como un plan orientado hacia metas económicas iguales a las que fija la maximización de las ganancias. De hecho, en nuestra discusión, no se trata de la oposición mercado-plan, o ganancia-plan, sino de la oposición: estructura orientada por maximización de ganancias-estructura orientada por la superación de las contradicciones implícitas de las relaciones mercantiles. Las páginas que siguen tendrían que aclarar el sentido de esta orientación distinta.

Estas contradicciones las vamos a enfocar más bien desde el punto de vista de la situación del subdesarrollo. Pero dado el hecho de que las periferias subdesarrolladas se producen solamente en un sistema capitalista mundial, en el cual les corresponden centros capitalistas desarrollados, podemos discutir estas contradicciones del capitalismo subdesarrollado solamente como especificidades de contradicciones implícitas del modo de producción capitalista como tal, reflexionando continuamente sobre la especificidad dis-

tinta que toman en los centros desarrollados. Como el subdesarrollo no existe por sí solo, no puede tampoco su explicación. Analizando eso descubrimos dos tipos de contradicciones que nos interesan. Por un lado, contradicciones que tienen especificidades distintas en los centros desarrollados y en las periferias subdesarrolladas. Por otro lado contradicciones que aparecen en centros y periferias con la misma especificidad. Las primeras se refieren a dos puntos: Distribución de ingresos y estructura de empleo. Las segundas a un tercer punto: Precios del mercado y costo social. Los tres tipos de contradicciones las analizamos como intrínsecas a las relaciones mercantiles de producción, lo que se discute en un cuarto punto. A eso sigue el análisis de la superación de estas contradicciones en el proceso de la acumulación socialista.

II. LAS CONTRADICCIONES INTRINSECAS A LAS RELACIONES CAPITALISTAS DE PRODUCCION.

Se trata primero de la discusión de las contradicciones, que toman una forma específicamente distinta a la situación del subdesarrollo.

1. *La distribución de los ingresos, la maximización de las ganancias, la minimización de los salarios y el consumo masivo.*

Para toda distribución del producto económico vale obviamente de que solamente se puede distribuir lo que se produce. Pero el producto total tiene, a la vez, una determinada combinación de bienes específicos que refleja en alto grado la estructura de producción existente. Esta tiene solamente una flexibilidad limitada para cambiar la combinación de este conjunto de bienes, y lo puede mas bien únicamente despacio y a largo plazo. Por esta razón la estructura de producción determina a la vez el conjunto de bienes que una determinada economía puede ofrecer.

Ahora existe un fenómeno que hace que este conjunto de bienes en su combinación específica, que una determinada estructura de producción puede ofrecer, determina a la vez en alto grado la posible distribución de los ingresos. Eso se debe al hecho de que determinados bienes entran solamente en el canasto de consumo de determinados ingresos. Hay bienes que solamente son demandados por ingresos altos (como el automóvil) y otros que son solamente demandados por ingresos bajos (bicicleta). Pero también los bienes, que entran en cualquier canasto de consumo (textil, casa), lo hacen en diferentes proporciones según ingresos altos o bajos. Así, como establece la ley de Engels, ingresos bajos gastan más para alimentos y menos para vivienda que ingresos altos. De este fenómeno surge el hecho de que, a partir de la estructura de producción, la combinación de bienes posibles da a la vez la pauta de la distribución de ingresos compatible con el aprovechamiento del producto.

El efecto mencionado lo podemos observar desde dos ángulos:

1) Un determinado producto entra solamente en el canasto de bienes correspondiente a determinados ingresos. Hay para cada producto una renta de acceso. Este ingreso de acceso es más bajo que el ingreso medio en el caso del consumo de masas y es más alta que el ingreso medio en el caso del consumo de lujo. En realidad hay pocos bienes que entran tanto en el consumo por ingresos bajos como por ingresos altos. Si bien vivienda, vestido, locomoción y alimentación entran en cualquier canasto de consumo, existe una diferencia específica de los bienes concretos, a través de los cuales estas necesidades generales se satisfacen por los diferentes ingresos. Estas diferencias concretas son las que interesan. La casa en que vive una persona con ingresos altos es otra diferente a la de ingresos bajos. Las dos se construyen, además, con otros medios de producción, con el resultado de que un determinado parque de medios de producción para la construcción determina, a la vez, el tipo concreto de casas que se puede construir. Solamente en el grado en el que hay movilidad de estos medios de producción en cuanto al producto específico que demandan altos o bajos ingresos, estos medios de producción son compatibles con diferentes estructuras de ingresos.

2) Desde el punto de vista de los ingresos el mismo fenómeno se vuelve a producir. Subiendo la escala de los ingresos se va cambiando la composición específica del canasto de consumo. Hay productos que se demandan de todas maneras cualquiera que sea el nivel del ingreso. Pero hay bienes que recién entran en el consumo con ingresos más altos. Esto se sigue repitiendo hasta llegar a la punta de la pirámide de ingresos. Así van entrando en el consumo bienes como la casa propia, el auto, artefactos de casa, etc., con el aumento de los ingresos, mientras igualmente otros productos van saliendo del canasto de consumo (carne reemplaza el pan, auto la bicicleta, etc.)

De eso se desprende que la estructura de producción existente siempre determina el marco de rigidez de una determinada estructura de distribución a corto plazo. La flexibilidad de la estructura de producción siempre está limitada y, por lo tanto, también la distribución. Si la distribución no se adecúa a las necesidades de la estructura de producción, hay crisis de oferta y demanda, o se tiene que buscar una salida en la inflación, que es solamente una manera de ajuste de la distribución a las necesidades de la estructura de producción en este caso.

Todo eso todavía es bastante elemental. Lo dicho tiene un valor solamente para el corto plazo. Habría que analizar entonces, lo que ocurre en el largo plazo, o —dicho de otra manera— a través de qué leyes se genera y cambia de estructura de producción, y con ella la combinación específica de bienes producidos y la distribución de los ingresos. La teoría económica liberal trata de explicar eso por la demanda. Pero una explicación en estos términos escamotea el problema. La demanda por bienes específicos es claramente una función de la distribución de los ingresos y de la estructura de producción existente. No existe previamente a las otras. En la interrelación entre las tres —estructura de producción, distribución de ingresos, demanda—, la misma demanda surge.

Cuando se introduce la demanda como el motor del desarrollo de la estructura de producción, se olvida siempre de que la demanda por bienes específicos se desarrolla paralelamente con la tecnología para producir bienes específicos. No hay demanda para televisores, si no hay tecnología para producirlos, etc. Y si hay necesidades sentidas en determinada línea, por eso no surgen necesariamente tecnologías para satisfacerlas, ni hay seguridad de que alguna tecnología creada sirva para satisfacer necesidades sentidas, que se pueden convertir en demanda. Hay producción que no encuentra demanda, como hay demanda, que no encuentra producción. Del hecho, por lo tanto, de que la producción no encuentra necesariamente un mercado y de que la mejor campaña de propaganda puede fracasar, no se deriva de que la demanda es la que mueve el proceso. Como, al revés, del hecho de que la producción en general encuentra demanda no se deriva que ella mueve el proceso. Si, por ejemplo, se preve en Chile la duplicación de la industria automotriz en la próxima década, entonces eso no se deriva de ninguna demanda. El problema de si estos automóviles en 1980 tienen mercado o no depende sencillamente de la política de ingresos. Van a tener mercado si la clase de altos ingresos se duplica en esta década, y va a presentar capacidad ociosa, si se estancan los altos ingresos. La decisión de crear una industria automotriz de este tipo es, por consiguiente, una decisión en favor de una distribución tal de los ingresos que los automóviles tengan mercado. A través de la política de distribución se hace el mercado. Ninguna demanda en abstracto prefigura eso.

Si producción y demanda de esta manera se desarrollan juntas, vinculándose por la distribución de los ingresos, entonces habría que preguntar qué criterios rigen la línea de este desarrollo. Eso nos obliga a volver sobre el criterio de la ganancia. En la sociedad capitalista la pauta del desarrollo de la estructura de producción está dada por la tasa de ganancias. Es tautológico decir ahora, que las ganancias pueden aumentar su participación en el consumo solamente si, a la vez, se producen los bienes demandados por altos ingresos y si hay una distribución regresiva. Las 3 expresiones significan más o menos lo mismo. Maximizar ganancias significa maximizar la desigualdad de la distribución de los ingresos.

Si bien eso es cierto, no nos explica todavía el mecanismo a través del cual se efectúa esta maximización. En la visión liberal, que jamás captó esta interdependencia de los planos de la ganancia, distribución, demanda y estructura de producción, el capitalista puede maximizar sus ganancias también por la producción para el consumo de masas. Pero eso es falso. Si todos los capitalistas maximizan sus ganancias en la línea del consumo de masas, los ingresos de ellos tienen que bajar. Si solamente se produce consumo de masas, el consumo de lujo ya no es posible. Las ganancias tienen que bajar o —en el caso de seguir igual— tiene que aumentar rápidamente la acumulación para compensar la baja de consumo por ingresos altos.

La maximización de la ganancia se puede orientar solamente por consumo masivo en un grado que respete la disposición de fuerzas productivas para el consumo de lujo. La sociedad capitalista logra eso, de hecho, por un

mecanismo muy simple, que aparentemente es el producto de la propia naturaleza del progreso técnico. Este progreso es parte integrante del sistema capitalista, y produce continuamente nuevas tecnologías con nuevos productos, que por un lado sustituyen productos antiguos o surgen al lado de ellos. Pero los nuevos productos de consumo empiezan necesariamente a salir en número limitado, para aumentar la cantidad producida con posterioridad. El nuevo bien, que sigue la pauta del progreso técnico, tiende a convertirse, por lo tanto, en un bien accesible únicamente a grupos minoritarios. La nueva tecnología crea los nuevos bienes de lujo, que se convierten a través del desarrollo ulterior de la tecnología en bienes de producción más baratos y en mayor escala para terminar siendo bienes de consumo masivo. Pero como siempre entran nuevos bienes, esta ronda no tiene fin.

De esta manera la nueva tecnología se convierte en bien de lujo y como crea su imagen en el mercado. Eso no significa que elementos de la nueva tecnología no entren inmediatamente también en el consumo de masas. Así el transistor o el plástico entran inmediatamente en este. Pero en su desarrollo más complejo permiten la producción de nuevos productos de consumo de lujo que determinan su imagen y arrastran el mercado.

El bien de lujo permite así el aprovechamiento máximo de la complejidad tecnológica y, a la vez, su uso para producir la desigualdad del ingreso. La tecnología compleja llega a tener de esta manera una función propia, que se vincula con el atractivo estético que ejerce tanto sobre el consumidor como sobre su inventor.

Un proceso de este tipo maximiza la desigualdad de la distribución pero, a la vez, parece resultar directamente de la naturaleza de la tecnología. Esta parece ser así. Por otro lado es claro que únicamente se puede desarrollar en base a la motivación de los sujetos por incentivos materiales y de la canalización de los ingresos preferentemente por canales individuales. Se forma entonces un proceso progresivo de desigualdad maximal de ingresos, incentivos materiales, canalización del ingreso individualmente, que resulta del mismo principio de maximización de las ganancias y que produce una rueda en la cual los productos de lujo forman la imagen del mercado, realizan el consumo del ingreso alto y van bajando en el curso del tiempo hasta transformarse en consumo de masas, siendo reemplazados en su función formativa de la conciencia del consumidor por otros productos nuevos.

Si se parte de esta tesis, la propia lucha entre capital y trabajo puede tener solamente una influencia muy relativa sobre la distribución del ingreso. Tiene una apariencia muy distinta de lo que es realmente. En verdad, las decisiones más importantes toman la propia estructura de producción orientada por la ganancia, mientras las luchas sociales —en cuanto no se oponen al sistema masivo—, tienen más bien una función correctiva. Eso explica por qué en los países capitalistas del centro la distribución entre capital y trabajo ha cambiado muy poco en el curso del siglo pasado.

Pero la estabilidad relativa de un sistema de este tipo depende, de que realmente los nuevos bienes se conviertan en objeto del consumo masivo en el curso del tiempo. La abundancia de capital en los centros permite eso y

hace, por lo tanto, posible la transformación del sistema en un *establishment* relativamente cerrado.

Pero en las periferias subdesarrolladas se da otro fenómeno. Los bienes de alta tecnología entran también, pero hay impedimentos estructurales, que impiden su transformación en objetos de consumo masivo. Si se producen, se dan a una escala muy pequeña y topan con la imposibilidad de reproducir los medios de producción suficientes para entrar en una producción en escala amplia. Bienes, que en los centros desde mucho han entrado en el consumo masivo, siguen siendo bienes de lujo. Eso vale para muchos productos. Artefactos de casa, automóviles, vivienda construida determinan un sector del consumo de lujo que no tiende a ampliarse.

Los impedimentos se pueden resumir en dos:

1.— La dependencia de la inversión de la importación de medios de producción que, por su parte, topa con la capacidad de importar limitada por el hecho de que las exportaciones se restringen casi exclusivamente a las materias primas.

2.— La producción en un ramo puede alcanzar solamente una escala amplia si lo mismo ocurre con los otros ramos de la producción. Eso refuerza el factor anterior y produce una *impasse* de estancamiento.

Dada esta situación, el máximo de la desigualdad de ingresos es mucho más grande que en los países del centro. A la vez el efecto de demostración destruye la eficiencia de los estímulos materiales. No pueden resultar de la dinámica del sistema. Para poder ser estimulada eficientemente la producción, el producto tendría que ser más grande de lo que es. No sirven como vehículo de la motivación del trabajo.

En una situación tal la distribución de ingreso en el capitalismo es doblemente contradictoria. Por un lado la contradicción general de la sociedad de clases, en la que los grupos de poder económico son a la vez los de altos ingresos, imponiendo su sistema a la sociedad entera. Por otro lado la contradicción específica de la estructura subdesarrollada, en la cual la desigualdad de los ingresos se forma de una manera tal que obstaculiza e imposibilita por fin la misma marcha del sistema.

2. La estructura de empleo, la tecnología y la maximización de las ganancias.

El efecto regresivo de la distribución de ingresos en la sociedad subdesarrollada, sin embargo, se explica solamente en su plenitud si se analiza a la vez el efecto destructor que ejerce la tecnología de los centros sobre la estructura de empleo. De lo analizado en el punto anterior podría parecer de que hay un enfrentamiento entre capital y trabajo, en el cual la masa trabaja para ingresos minimales en función de los bienes de lujo de las clases dominantes sin poder ella misma disfrutar jamás de estos bienes. Si fuera realmente así, el mercado de trabajo daría, por lo menos, una base de subsistencia a esta masa obrera.

Pero la situación no es esta. Al contrario, la tecnología de los centros, que se emplea según criterios de maximización de las ganancias, produce un

efecto tal que el trabajo en favor de los pocos se puede hacer y se realiza por una mera parte de la mano de obra mientras destruye a la vez la posibilidad del trabajo de los otros.

Este efecto de la tecnología habría que enfocarlo desde dos ángulos. En este contexto hay que tener presente de que la introducción de alguna nueva tecnología siempre significa nuevas inversiones:

1. La inversión vista desde el efecto que produce sobre el ramo en el cual se efectúa, (por ejemplo una inversión en siderurgia tiene un efecto sobre la producción siderúrgica).

Cualquier inversión crea, vista bajo este aspecto, nuevos puestos de trabajo. No hay máquina que no emplee trabajo. Sin embargo, eso no significa que cada inversión tenga un efecto neto sobre el empleo. Hay toda una gama de posibilidades. El efecto neto puede ser más pequeño que el efecto bruto, siempre y cuando la inversión cree una nueva capacidad productiva, que reemplace una capacidad antigua y anticuada. Pero puede también tener un efecto destructor sobre el empleo, siempre y cuando cree menos puestos de trabajo de los que reemplaza. En este último caso la inversión puede contribuir a aumentar el producto total, disminuyendo la mano de obra empleada. Sin embargo, desde el punto de vista de la estructura de empleo, interesa este efecto neto de la inversión y no tanto el producto adicional que pueda crear.

Hay un tipo de inversión que se explica de por sí y que no ofrece mayores problemas. Se trata de la inversión inducida por el desgaste físico de un medio de producción al cual hace falta reemplazarlo. Lo que interesa más bien sería la inversión inducida por algún tipo de obsolescencia económica de medios de producción antiguos. Allí surgen consecuencias bien específicas para la estructura del empleo, que solamente aparecen en parte en el caso del desgaste físico.

En cuanto a esta obsolescencia económica podemos distinguir 3 tipos: a) la obsolescencia económica de toda una manera de producir. Se refiere a producciones tradicionales preindustriales preferentemente. Así la producción industrial textil puede destruir toda artesanía tradicional existente, etc. Se trata en este caso de la destrucción entera de estratos o clases sociales. Casos de este tipo se dan continuamente en la situación del subdesarrollo. Así la lavandería mecánica destruye todo un estrato de personas que lavaron anteriormente a mano. En el caso de la producción artesanal se da el caso de que algunas fábricas de pan pueden tomar la producción entera de pan de un país, destruyendo toda una producción simple e intensiva de mano de obra. Igualmente supermercados destruyen un sinnúmero de almacenes pequeños. En todos estos casos ni se mejora el producto a través de la mecanización. La ropa no es más limpia, el pan no es mejor, si se produce industrialmente. Pero sí se produce la destrucción del empleo y una consiguiente concentración de plusvalía en las manos del capital. Si, por ejemplo, una lavandería mecánica toma el trabajo que antes hacían 100 personas, empleando solamente 10 y cobrando el mismo precio, entonces se convierten las 9/10 partes del ingreso bruto, que antes también era ingreso por trabajo, en ingreso bruto de capital.

En el fondo se trata del fenómeno que Marx había llamado la acumulación capitalista originaria. Siempre y cuando hay suficiente inversión de otro tipo, este trabajo desplazado puede ser empleado de nuevo con una productividad mayor de la que tenía anteriormente. Ocurre entonces una reubicación del trabajo y un reemplazo de la empresa tradicional precapitalista por la pequeña industria, cuyo tamaño se determina en función de las empresas grandes.

Sin embargo, cuando hay impedimentos estructurales para que ocurra una acumulación tal, la destrucción se efectúa a largo plazo y llega a ser totalmente irracional en el sentido económico. El criterio de la ganancia crea marginalidad a largo plazo, a diferencia del ejército de reserva, que existe en el interior de la industria moderna y que es producto de las oscilaciones de su producción.

b) Obsolescencia económica de capacidades industriales técnicamente anticuadas.

Este caso se da cuando capacidades industriales físicamente intactas rinden una ganancia más baja que capacidades nuevas (con tecnologías más modernas). En este caso la ganancia neta es mayor, si se emplea maquinaria nueva en vez de la anticuada, a pesar de que ésta todavía está físicamente intacta. La maquinaria antigua se puede simplemente destruir o dejarla en reserva como capacidad ociosa. Parece que una buena parte de la capacidad ociosa de la industria chilena es de este tipo.

Otra vez es claro, de que una obsolescencia de este tipo solamente puede ser racional desde el punto de vista de la racionalidad económica, si hay una estructura de pleno empleo. En el grado en el que existe desempleo e impedimento estructural del tamaño de las inversiones de moderna tecnología, otra vez se vuelve completamente irracional el criterio de la ganancia.

c) Los casos (a) y (b) suponen que la capacidad instalada y el trabajo empleado determinan en conjunto la escala de producción. En el caso de la agricultura, sin embargo, entra un elemento adicional, porque la relación trabajo/tierra llega a tener un significado especial para la relación campo/ciudad en general. Los efectos de obsolescencia económica, anteriormente discutidos, se ubican de una manera distinta.

Las tecnologías que se introducen pueden tener efectos diversos sobre la relación trabajo/tierra. Podemos distinguir dos extremos:

1.— La Tecnología puede permitir aumentar el producto por tierra, aumentando a la vez la productividad del trabajo por tierra. En este caso la relación trabajo/tierra disminuye, una determinada tierra se trabaja con menos mano de obra y surge un trabajo sobrante.

2.— La tecnología puede aumentar el producto por tierra sin afectar la relación trabajo/tierra. En este caso se mueven proporcionalmente la relación producto por tierra y la productividad del trabajo (producto/trabajo). Los dos aumentan, mientras la relación trabajo/tierra sigue igual.

El criterio de las ganancias obviamente trata estos dos efectos como iguales. Pero otra vez es evidente de que solamente el efecto (2) es económicamente racional. Sin embargo, el criterio de ganancia no permite distinguir la alternativa racional de la alternativa anticapitalista.

La inversión vista a partir del efecto que ejerce sobre ramas de producción, hacia los cuales se dirige el producto de la rama, en la cual se invierte.

En determinado sentido cabe aquí lo dicho sobre la relación entre estructura de producción y distribución. Pero vamos a referirnos más bien a la producción de bienes intermedios en general. Estos son portadores de tecnología. Su producción determina, por lo tanto, la tecnología empleada en otras ramas de la producción. Si la tecnología se desarrolla indiscriminadamente (o sea, según el criterio de la ganancia), puede imponer los efectos (a) y (c) analizados, una vez instalada una determinada capacidad. Si produce estos efectos, trae consigo una irracionalidad económica. No se produce en este caso el efecto (b), que se refiere a la obsolescencia económica con él consiguiente reemplazo de medios de producción anticuados por modernos. En este caso, irracional no es el empleo de la nueva tecnología, sino la destrucción de la antigua.

En conjunto, las contradicciones mencionadas hasta ahora tienen su especificidad a partir del subdesarrollo. No surgen en la misma forma en los países céntricos, a pesar de que allí están presentes contradicciones análogas. En su conjunto originan en la sociedad subdesarrollada la situación de la marginalidad a diferencia del ejército de reserva en los centros. Se trata de un estancamiento dinámico, en el cual se destruyen las capacidades antiguas para producir bienes de consumo masivo. La masa no puede ganar su ingreso sino en la producción de bienes de lujo para minorías, sin que estos bienes se puedan convertir en consumo de masa. Un consumo de masa se puede producir solamente en el grado en el que se emplea mano de obra para el consumo de la minoría dominante. Los dos tipos de consumo están extremadamente separados.

Como la dinámica de la economía parte de la producción del consumo de lujo, y el posible tamaño de esta producción está predefinido por la capacidad de importar, se deriva de esta producción la clase media y su tamaño con cierto automatismo. Pero de esta, a su vez, se deriva la posibilidad de emplear mano de obra y por consiguiente la división de la masa obrera en incorporados y marginados.

3.— *Costos sociales, costos particulares y criterio de la maximización de las ganancias.*

Como tercera contradicción vamos a enfocar un fenómeno que se produce de manera similar tanto en los centros como en las periferias del mundo subdesarrollado. No se trata de una contradicción especificada del subdesarrollo. Pero ella está presente en estos países con igual urgencia que en los países del centro.

Se trata del hecho de que el cálculo particular de costos no refleja, de ninguna manera, el costo social de un producto. Pero la decisión económica no puede prescindir de un cálculo de costos. Puede ser, sin embargo, racional solamente en el grado en que este costo sea el costo social del producto. El principio de ganancias, en cambio, toma por excelencia el costo particular como la base del cálculo.

Eso significa, que una parte esencial de los costos se escapa al criterio de la ganancia. Visiblemente ese es el caso en la vivienda, según el costo particular calculado lleva a la construcción de extensas poblaciones, que determinan un costo de infraestructura tal que el costo social de esta vivienda sencillísima resulta más alto que el costo de una vivienda más decente, pero construída de otra manera. Lo mismo vale para el automóvil, que calcula el costo particular, pero impone a la sociedad un esfuerzo de infraestructura tal que el cálculo se escapa de todas las cifras iniciales. Lo mismo ocurre en relación a la ubicación de la industria en general, el smog, la salud, etc. El cálculo particular de costos tiene muy poco que ver con los costos sociales, que son los costos reales.

Pero detrás de esta problemática hay otra, que no está visible inmediatamente. Tomar en cuenta los costos sociales no significa simplemente aumentar el precio del producto en un determinado porcentaje para cubrir estos costos (un impuesto por ejemplo). Eso ya se hace hoy, porque la sociedad corre necesariamente con los gastos determinados por la diferencia entre costo social y costo particular. Significa más bien —en términos del mercado capitalista—, determinar para cada bien específico su costo social específico. Pero eso significaría planificar todo el sistema de precios en una sociedad capitalista, lo que es un absurdo. Ninguna instancia podría hacer este trabajo, porque se excluiría necesariamente al productor del bien en cuestión.

Si se trata de determinar costos sociales de la vivienda, por ejemplo, por supuesto los productores de viviendas —la construcción—, pueden hacerlo mejor. Pero no se puede delegar en ellos esta tarea, porque están orientados por el principio de la maximización de las ganancias, que tiene que ser limitada por el cálculo del costo social. Esta contradicción de la sociedad capitalista, es una continua frustración de sus esfuerzos, los que podrían efectuar el cálculo de costos sociales —los productores—, tienen una estructura de interés en favor de no calcularlos y el Estado, que trata de calcularlos, constituye siempre la parte más débil, que no puede hacer nada sino corregir expost las orientaciones tomadas por los productores.

Por otro lado, el cálculo de los costos sociales significa, en el fondo, insertar cada decisión económica en el conjunto de las decisiones sobre la economía del país. Significa, por consiguiente, pasar continuamente por encima de orientaciones inducidas por la maximización de las ganancias. Significa, en último término, calcular según intereses no materiales. Convierte, de esta manera, el precio en un elemento secundario del cálculo económico y con el precio, igualmente, el cálculo de la rentabilidad del capital.

III. ACUMULACION SOCIALISTA, OPTIMO ECONOMICO TOTAL Y RELACIONES MERCANTILES DE PRODUCCION

El análisis anterior de la acumulación capitalista nos tiene que dar los elementos para determinar lo que es la acumulación socialista. Hay que recordar la definición inicial del socialismo, según la cual el socialismo es la sociedad que supera las contradicciones intrínsecas de la sociedad capitalista.

ta. En este sentido hay que entender la acumulación socialista como la solución de las contradicciones de la acumulación capitalista.

Hay un enfoque simple, que rigió al comienzo del socialismo científico y que posteriormente no pudo ser mantenido. Este enfoque buscó la solución de las contradicciones intrínsecas de las relaciones mercantiles de producción, en la abolición de ellas y su reemplazo por una planificación a priori del proceso, que no recurre más al intercambio de mercancías. Los intentos que se hicieron en esta línea fracasaron y la profundización de los análisis de las causas de la necesidad de relaciones mercantiles —si bien no aclararon hasta ahora el fenómeno en su totalidad—, mostraron, por lo menos, una imposibilidad de suprimirlas a largo plazo. Se planteó por lo tanto el problema de superar las contradicciones intrínsecas de las relaciones mercantiles conservándolas. Se trata de la “utilización conciente de la ley del valor” en sus distintas interpretaciones. Se presentaron diversas alternativas de solución:

1) Habría por un lado la solución a través de la declaración de la existencia del “dinero socialista”. Dentro de esta alternativa se declara la producción de mercancías como un elemento que pierde sus contradicciones siempre y cuando se inserte en una estructura socialista de producción.

Esta alternativa se presentó en dos corrientes:

a) *La solución soviética.* Esta siempre vinculó la utilización conciente con los incentivos materiales. En su período de industrialización entendió el plan socialista como un medio para combatir las tendencias de la ley del valor, para pasar posteriormente a interpretarlo como paralelo a estas tendencias. El plan central no se disuelve, pero se combina complementariamente con la ley del valor. Planificación central y orientación por la ganancia tienden a coincidir.

b) *La solución yugoslava.* Esta afirma, sin más, la compatibilidad entre orientación por las ganancias y superación de las contradicciones implícitas de las relaciones mercantiles. Va más lejos con esta afirmación que la solución soviética. No estipula simplemente compatibilidad entre las orientaciones del plan central y las tendencias de las relaciones mercantiles, sino da preferencia a las pautas de la maximización de las ganancias, convirtiendo el plan central obligatorio en un plan indicativo supletorio.

2) La solución del ataque continuo a la ley del valor como fuente de las contradicciones sociales en general.

a) *La solución cubana.* Vuelve al intento de abolir las relaciones mercantiles como tales por la sustitución del intercambio de mercancías, por un cálculo simple de precios administrativos, (las empresas consolidadas). Eso lleva a una posición crítica frente a los incentivos materiales.

b) *La solución china.* No se opone frontalmente al intercambio de mercancías ni al cálculo de costo en dinero. Ubica a estos más bien en un concepto general de una revolución continua en contra de antagonismos sociales que se están reproduciendo permanentemente en la sociedad socialista.

Existe claramente un corte entre la tesis de la compatibilidad entre relaciones socialistas de producción y relaciones mercantiles por un lado (Unión Soviética, Yugoslavia), y la tesis de una lucha continua entre los dos por el otro (Cuba, China). Se trata del corte decisivo entre el socialismo ortodoxo y el socialismo nuevo.

Tomando en cuenta nuestro análisis de las contradicciones implícitas en las relaciones mercantiles, nos vemos automáticamente en la línea de estos nuevos socialismos. Las contradicciones son intrínsecas, con el resultado de que hay que concebir una lucha continua entre relaciones socialistas y relaciones mercantiles en el socialismo, teniendo en cuenta que esta lucha puede ser concebida como superable solamente en el concepto límite de una sociedad en la cual desaparecen las causas mismas de las relaciones mercantiles. Se trata, por lo tanto, de una revolución permanente.

Por lo tanto, se excluye la solución autogestionada, si se la entiende como una descentralización orientada por el criterio de la maximización de las ganancias. La ideología de la participación oscurece solamente este cuadro. Reemplaza el problema del contenido de las decisiones por el otro, de quien las toma y con qué legitimidad formal. Pero un grupo obrero, que maximiza en común la ganancia, reproduce las contradicciones de las relaciones mercantiles exactamente de la misma manera como lo hace la sociedad socialista.

Pero lo contrario de esta autogestión no es tampoco el plan central obligatorio con centralización maximal de las decisiones. Un plan de este tipo puede pasarse igualmente a una línea que coincide con las tendencias de las relaciones mercantiles. Y, en el principio del plan obligatorio como tal, no hay ninguna garantía para que eso no ocurra. Desemboca más bien en un desarrollismo socialista, que va en contra de relaciones mercantiles en el período de la superación del subdesarrollo, para convertirse con posterioridad en la herramienta del poder económico en el socialismo desarrollado.

Se ve, de que la alternativa mercado-plan es falsa. Se trata ahora más bien de la alternativa: relaciones mercantiles y sus tendencias contradictorias - racionalidad económica socialista. En los dos polos está presente la problemática de la relación entre mercado y plan, o entre centralización y descentralización. Pero esta problemática tiene una especificidad diferente según se enfoca la misma ley del valor.

Desde el punto de vista de la racionalidad económica se trata ahora de determinar los criterios según los cuales habría que actuar en contra de las contradicciones intrínsecas de las relaciones mercantiles conservándolas. Vamos a intentar elaborarlos a partir de las contradicciones analizadas anteriormente y que fueron 3:

1. La distribución, 2. La estructura de empleo, 3. Cálculo del costo social.

1) *La distribución socialista.*

Nos parece surgir un concepto de distribución socialista, que es esencialmente igualitario. En un sentido radical supone:

a) La igualdad cuantitativa de los ingresos que se consumen por canales individuales. Esta igualdad por supuesto no es uniformismo. La individualización y personalización del consumo únicamente habría que hacerla dentro de un ingreso cuantitativamente igual o con desigualdad mínima.

b) Entregar el consumo de otra índole, que por esencia no puede ser distribuida dentro del marco de canales individuales sobre la base de ingresos iguales, a los canales colectivos de distribución estipulando siempre como principio conductor, de que el consumo colectivo es preferible al consumo privado, porque permite orientar mejor el acceso al bien de consumo por las necesidades sin interferencia de la demanda.

Un esquema de distribución de este tipo significa evidentemente tomar como base del esfuerzo de trabajo el estímulo no-material o indirecto. Su base es entonces la orientación maximal de la producción hacia bienes de consumo masivo. Este principio se puede resumir entonces: El trabajador trabaja esencialmente para el consumo de él y de su clase y para los bienes intermedios necesarios para tal consumo. En el fondo es esta la definición de la sociedad sin clases, en la cual los grupos no-trabajadores (inteligencia, cuadros administrativos, etc.) son considerados esencialmente iguales al trabajador.

Se trata aquí, por supuesto, de la descripción de una meta a largo plazo, pero se trata de una meta esencialmente realizable, hacia la cual una sociedad se puede acercar en un grado más o menos grande. El grado de alcanzarla depende esencialmente de la habilidad política que tiene. Es, por lo tanto, esencialmente distinta de la formulación del concepto de la sociedad sin clases por la desaparición de relaciones mercantiles. Ellas no desaparecen en grado más o menos grande. Ellas o desaparecen o no desaparecen.

Una orientación hacia esta meta presupone:

a) Desarrollo preferente de productos que inmediatamente pueden entrar en consumo masivo. Se trata de diseñar los productos adecuados a esta meta en el plano de la casa económica, el vestuario, artefactos simples, etc., según la capacidad productiva presente en el país. Hay que tener bien en claro que, en este contexto, el producto adecuado únicamente es el producto accesible al consumo masivo. Para tomar un ejemplo: No se puede saber cual es la casa económica suficiente en una determinada situación a priori. El principio que permite determinarlo es el que esta casa se puede convertir en consumo masivo. Si uno tiene un concepto a priori de la casa "digna" fácilmente este concepto a priori puede condenar, por falta de recursos en el país, a una gran parte de la población a no tener ninguna casa. Mejor una choza para todos, que esta casa "digna" para algunos y ni una choza para los otros. Se trata de un criterio de universalidad en cuanto al consumo. Tendría que aplicarse, en lo posible, a todos los bienes de consumo que se producen.

b) Limitación de la producción y reorientación de las capacidades correspondientes que se dirigen tendencialmente al consumo de grupos minoritarios. Un ejemplo: la industria automotriz en Chile, que con su ritmo de expansión impone a la sociedad un igual crecimiento de los grupos de alto consumo. Su posible reorientación a la producción de vehículos de carga, de locomoción pública, etc. En el caso que una limitación no sea deseable,

canalizar los productos en lo posible por el consumo colectivo. Este caso se podría dar en relación con la producción de televisores, teléfonos, automóviles particulares, etc.

En todo caso se trata de reemplazar una política de redistribución monetaria del ingreso por una política de redistribución a partir de los productos producidos.

2) La estructura del empleo.

Dadas las contradicciones señaladas en este plano, surgen una serie de medidas necesarias. Todas desembocan en la necesidad de un dualismo tecnológico dentro de la sociedad en desarrollo. Como no se puede crear a un plazo más o menos largo un nivel tecnológico igual de todas las ramas de la producción, necesariamente la economía tiene que dividirse en ramas de alta y baja tecnología entre las cuales es necesario evitar la competencia. Habría que enumerar los criterios fundamentales para crear una dualidad racional de la sociedad en desarrollo para reemplazar el dualismo irracional existente entre incorporados y marginados. Podemos mencionar los siguientes:

a) *Hay que determinar las ramas de producción que tienen que seguir con una tecnología más bien tradicional y simple.* Estas deben aumentar su productividad de trabajo más bien sobre la base de una creciente racionalización sin efectuar mayores inversiones en equipo. En estas ramas cabe más bien el asesoramiento técnico, promoción general de iniciativas y de capacitación profesional. A este sector pertenece el artesanado, en general la agricultura, hasta cierto grado actividades auxiliares como de lavandería, etc.

Se trata de ramas que en el futuro tienen que tecnificarse, pero cuya tecnificación en el momento no es oportuna.

b) *Las ramas de alta tecnología.* Dada la tendencia de la tecnología compleja de convertirse preferentemente en bienes de consumo de lujo, tienen que ser preferentemente de productos intermedios. Solamente en caso de ventajas extraordinariamente altas para el consumo masivo serán de bienes finales (por ejemplo, la industria de plásticos).

Estas ramas tienen que ser definidas según ventajas naturales, la división internacional del trabajo, etc., y se consideran como la base de una futura tecnificación. Para poder realmente desarrollarse tienen que ser concebidas tanto hacia el mercado exterior como hacia el interior. Su creación tiene solamente sentido en el grado en el que llegan a la creación propia de tecnología, aunque tengan pérdidas a mediano o largo plazo.

La orientación hacia bienes intermedios de este sector parece fundamental. Una división internacional del trabajo en este plano es más fácil establecerla entre grupos de países subdesarrollados, que ya han pasado por la etapa de la sustitución de las importaciones. Por otro lado tiene un grado de libertad adicional a la producción de bienes complejos de consumo: admite la posibilidad de un intercambio en base a división del trabajo con otros países, que hacen la misma política socialista, sin excluir a la vez el intercambio con países capitalistas. Como tecnología compleja en el plano de bienes de consumo tiende al consumo de lujo, el intercambio internacional posible

será más bien con países capitalistas subdesarrollados o con países del centro, dificultando el intercambio con países socialistas en desarrollo.

c) *Las ramas mixtas.* Estas emplean tecnología moderna en el grado en el que no producen contradicciones y en el que son condición de la producción. Se refiere eso, especialmente, a la construcción y la agricultura. Necesitan tecnologías específicas creadas especialmente para su situación. Tecnologías que aumentan la productividad del trabajo sin afectar, en el caso de la agricultura, la relación trabajo/tierra. En este mismo sector se puede ubicar la artesanía, en cuanto produce medios de producción simples para mercados descentralizados de tamaño restringido.

d) *Política en contra de la obsolescencia económica.* Aunque signifique pérdidas en términos de ganancias, es siempre y sin excepción en el interés de la sociedad en general. La obsolescencia económica no se puede aceptar sino después de haber alcanzado un nivel de pleno empleo. Se trata, a la vez, del uso de capacidades ociosas, aunque en términos de la ganancia empresarial signifiquen pérdidas.

e) *Determinación de las áreas, donde se reestructura primero el empleo, en el caso de haber logrado el pleno empleo y de sentir una escasez de mano de obra.* Se trata de determinados tipos de desempleo disfrazado, servicios innecesarios, etc., para avanzar posteriormente hacia la reubicación del trabajo en la misma esfera de la producción.

En general, en todos los sectores mencionados, se trata, junto con la orientación del uso de tecnología a la vez de la tarea de la creación de una tecnología propia adecuada a estas necesidades. Esta tecnología, por las razones mencionadas, no puede venir, sin más, de los centros. Por otro lado no se trata de usar una tecnología anticuada de los centros. Se trata más bien de una creación tecnológica a partir de los conocimientos científicos más modernos aplicados a las exigencias específicas del país subdesarrollado.

3) Costo social y precios.

Una política en este plano tendría que promover la disposición de las empresas a considerar el costo social entero de sus productos, aportar para su conocimiento y hacerlo efectivo por encima de lo que podría dictar la tasa de ganancias. Una política de este tipo no es posible sino en el grado en el que logra reemplazar estímulos indirectos y sociales. Es la contrapartida de la política de distribución socialista. Mientras ésta crea estímulos indirectos en función de la igualdad del ingreso, aquella los estimula en función de racionalidad social del conjunto de producción y consumo.

Tomada en este sentido, la política referente a la discrepancia entre costos sociales y precios jamás puede ser una política que entregue la solución del problema e influenciar las relaciones de precio. No se soluciona dándole precios a los bienes "que corresponden a los costos sociales". Chocamos otra vez con el problema de que es esencia del precio no reflejar costos sociales. Precios que reflejan costos sociales no hay y no puede haber. En cuanto a eso habría que aclarar de que el cálculo de costos sociales no es y no puede ser un cálculo de precios. Eso no significa de que no tenga ningún sentido

buscar un acercamiento de los costos sociales a los precios. Pero un acercamiento tal solamente es posible, para tales costos sociales, que pueden ser introducidos en el sistema de precios. Hay costos sociales de este tipo. Pero el problema es realmente urgente en el caso en el que no hay manera de transformar costos sociales en precios. Este caso, precisamente, se da para la mayoría de los costos sociales. Así una determinada producción tiene efectos sobre la salubridad pública, la urbanización, la locomoción pública, las exigencias a la educación, etc. Se trata de costos, de los cuales se sabe que existen, pero que solamente son calculables hasta ciertos límites muy estrechos.

Además, existe un fenómeno adicional igualmente importante. Aunque se lograra contabilizar el monto de estos costos sociales en los precios, eso no significa de ninguna manera que medidas correspondientes al monto de estos costos sean realmente tomadas. De ninguna manera se puede suponer de que el mecanismo de precios mismo pueda conducir la acción humana a tomar tales medidas. Si una fábrica produce su smog, y los costos correspondientes se contabilizan en los precios, queda todavía el problema por solucionar, de quien toma las medidas financiadas por estos nuevos precios. La misma fábrica las puede tomar solamente en algunos casos. En otros se trata de medidas costosas que solamente el Estado puede tomar, por ejemplo, en caso de necesidad de una reestructuración de todas las áreas de producción y lugares de habitación (recreo). Se trata, entonces, de una estructuración de todo el medio ambiente, que no puede partir de la iniciativa de empresas, aunque contabilicen los costos correspondientes en sus precios. La solución de la discrepancia entre costos sociales y precios desemboca entonces en la exigencia de la planificación general del medio ambiente de la producción humana, que tendría que ser un principio supeditado al cálculo económico de la empresa. Por otro lado la empresa individual tiene que participar en esta planificación general. Pero no lo puede hacer sino promoviendo líneas de acción que muchas veces se orientan en desmedro de la ganancia particular de ella. Otra vez el interés indirecto (moral) llega a ser exigencia de la racionalidad económica.

IV EL FETICHISMO MERCANTIL Y LA PRODUCCION DE MERCANCIAS.

Socialismo científico significa como ya vimos la superación de las contradicciones de la producción de mercancías. La definición parece unilateral, porque aparentemente no toma en cuenta ni la dimensión social, la política y la ideología del asunto. Pero en esta apariencia ya existe el problema. En el análisis marxista el concepto de las relaciones mercantiles y, más especialmente, de las relaciones mercantiles capitalistas, implica ya todas estas dimensiones. La concepción más bien neutral de relaciones mercantiles —una concepción, dentro de la cual estas son un instrumento o una herramienta de la asignación de recursos económicos— es ya un aspecto del fetichismo del dinero y de la mercancía. En la visión marxista, la base principal de la ideología capitalista es la presentación del dinero y de las relaciones mercantiles como neutras.

Teniendo éso claro, es posible ver el fetichismo mercantil en sus distintas dimensiones, que forman siempre una unidad entre sí. Podemos destacar tres dimensiones principales:

1.— *Las contradicciones de funcionamiento de las relaciones mercantiles.*

Se trata de contradicciones que se refieren, precisamente, a la función de relaciones mercantiles, de coordinar la división del trabajo. Todas estas contradicciones resultan más bien del hecho de que el cálculo de racionalidad económica implícita es un cálculo de maximización de la plusvalía y de la ganancia. Bajo el punto de vista de la "neutralidad" del dinero son las contradicciones más visibles, aunque la teoría económica liberal niegue su existencia. Se trata principalmente de tres:

- 1.— La maximización de la desigualdad del ingreso (tendencia del salario al mínimo).
- 2.— La destrucción de la estructura del empleo (ejército industrial de reserva).
- 3.— La diferencia entre costo social y precio.

La teoría liberal niega su existencia e insiste en la posibilidad de solucionarlas en el marco del régimen capitalista. Para argumentar eso, monta todo un disfraz económico de la realidad. Insiste por un lado en la tesis de una tendencia al equilibrio económico a través del desarrollo de relaciones mercantiles capitalistas. Por otro lado hace toda una teoría (el marginalismo) destinada a mostrar de que no se maximiza solamente la ganancia, sino igualmente el ingreso de todos los factores, en especial del trabajo. Según este punto de vista, el obrero está maximizando su ingreso de la misma manera como el capitalista, y los dos se llevan lo que en términos marginales les corresponde.

No ve o no quiere ver, que esta "maximización" de los salarios es esencialmente defensiva en relación al capital. Tiene su límite en el respeto a las estructuras de maximización de la ganancia. Si el trabajo no respeta más este mecanismo, la sociedad capitalista deja de existir y llega a ser reemplazada por una socialista. Pero si el capital en cambio no respeta los mecanismos de la defensa obrera, el capitalismo de ninguna manera deja de existir. Eso demuestra de que los mecanismos de defensa son adicionales y de que la esencia del capitalismo es, precisamente, maximizar ganancias y minimizar salarios, aunque la defensa obrera tenga posibilidades de influir sobre este mínimo.

2.— *La introducción de valores abstractos y ahistóricos.*

Se trata de valores implícitos a las relaciones mercantiles capitalistas, que se dan necesariamente. Se trata de valores que aparentemente tienen forma universalista, pero que de hecho se realizan para algunos solamente porque no se realizan para los otros. Son antiuniversalistas bajo formas universalistas.

Se puede clasificarlos esencialmente en tres:

- 1.— El valor de la libertad,
- 2.— El valor del acceso igual a los bienes,
- 3.— El valor de la independencia nacional.

1.— *El valor de la libertad.*— Este está íntimamente vinculado con la propiedad. Se puede dar tal libertad para todos solamente si hay también propiedad para todos. Pero la sociedad capitalista puede dar la propiedad solamente a algunos a costa de que los otros no la tengan. La libertad llega a ser íntimamente relacionada con el empresario capitalista. El es, por excelencia, la persona que tiene esta libertad.

2.— *El valor del acceso igual a los bienes.* Este valor es esencialmente vinculado con el dinero. La demanda efectiva tiene este acceso, no la persona. Confirma entonces la desigualdad de hecho. A partir de este acceso igual a los bienes se forman pautas generales del consumo, que son antiuniversalistas por esencia. Estas pautas las dan las clases de altos ingresos, lo que significa de que el consumo "digno o necesario" esté siempre por encima de las posibilidades de las masas. Hay un proceso continuo de creación de estas pautas según el progreso tecnológico de nuevos bienes de consumo, independiente del nivel absoluto de consumo de las masas. El carácter de creación de estas pautas determina que las masas pueden tener en cada momento solamente lo necesario para la subsistencia. Así, la casa "digna" del momento histórico está siempre por encima de la casa accesible para todos, etc.

3.— *El valor de la independencia nacional.* Este valor está íntimamente relacionado con el desarrollo desigual de la sociedad capitalista. Este determina que este valor sea accesible solamente para los centros desarrollados pero nunca para la mayoría subdesarrollada del mundo capitalista.

En todos los casos se trata de valores, que bien pueden convertirse en anhelos o aspiraciones de todos, pero nunca en realidad para todos. La estructura capitalista, que crea la aspiración de todos hacia estos valores impide a la vez su transformación en realidad para todos.

Los valores mencionados bajo los puntos 1 y 3, son absolutamente estáticos y acompañan tal cual la historia capitalista. Los valores 2 cambian continuamente su contenido, manteniendo solamente en el curso de la historia su carácter general de valores de minoría.

3.— *Lo perverso-trascendental o el engaño propiamente dicho.*

Los valores ahistóricos y la tesis general de la tendencia al equilibrio dentro de estructuras capitalistas se funden en una especie de trascendentalismo antihumano. La pérdida de la humanidad se presenta como el destino verdadero de la humanidad. La libertad de pocos justifica la muerte de muchos, la vida digna de los centros, el sometimiento indigno de las periferias. Pero la falsedad de los valores está mostrada precisamente, por la imposibilidad de acceso a su realidad por parte de las mayorías. Se trata de valores inhumanos disfrazados como humanos. Pero dentro de este disfraz mantienen un aspecto de lo real-humano.

Este es el fetichismo propiamente dicho. Es el contenido verdadero del pragmatismo de la sociedad capitalista, que usa el mismo pragmatismo como disfraz de su irracionalidad. Si bien la sociedad socialista se define por el uso racional de medios para fines, y la determinación racional de fines para los medios, contradice claramente al pragmatismo de los medios.

Pragmatismo de los medios en la racionalidad capitalista es lo contrario de la racionalidad de medios y fines socialistas. El pragmatismo es solamente pragmatismo en su maximización de la plusvalía. Puesta en duda ésta jamás mide fines y medios. Caen en la irracionalidad abierta, dentro de la cual la estructura capitalista llega a tener un aspecto perverso trascendental. La humanidad tiene que morir para que sobrevivan los valores ahistóricos del capitalismo. Se trata de un elemento decisivo de la teoría del fetichismo. El dinero se convierte en fetiche de la sociedad entera y cualquier evaluación racional de medios y fines deja de existir (solamente este elemento perverso-trascendental explica, por qué el capitalista americano puede estar dispuesto a sacrificar la vida de su hijo en Vietnam para salvar un sistema de maximización de la plusvalía. El pragmatismo capitalista se transforma en irracionalidad capitalista).

La lucha contra la mercancía se da en todas estas dimensiones:

1.— *En contra de las contradicciones de funcionamiento.* El plan socialista tiene que determinar otras líneas de desarrollo económico de las que crearía una producción capitalista.

2.— *La producción de valores sociales tiene que someterse al criterio universalista real.* Los valores de la sociedad socialista son valores tales que están al alcance real de todos. La libertad humana verdadera es la accesible para todos. La pauta de consumo verdadera es la accesible para todos (incluyendo su tiempo libre), la independencia nacional o regional dentro de un desarrollo igual real.

3.— *Lo perverso - trascendental tiene que transformarse en afirmación positiva de la humanidad y de la construcción de la sociedad sin clases.* En este punto dentro del pensamiento marxista se funden la crítica del fetichismo mercantil y la crítica de la religión. Las dos llegan a ser una sola: la afirmación del hombre a través de la negación y superación de estructuras mercantiles-capitalistas, que contienen en sí la imaginación del anti-hombre de esta esfera de lo perverso-trascendental. Afirmación del hombre es entonces negación de este anti-hombre, reflejo de las estructuras mercantiles (del becerro de oro).

V INTERES DE CLASE DEL PROLETARIADO Y LAS ALIANZAS DE CLASES

Con lo anterior tenemos en el fondo la definición de lo que es el interés de clase del proletariado. Es la superación de las contradicciones de la producción capitalista de mercancías y con eso la afirmación de la construcción de la sociedad sin clases. En el plano de las contradicciones de funcionamien-

to analizamos este interés de clase del proletariado a través del concepto de la igualdad de ingresos, la estructura de pleno empleo y de la relación costo social-precio.

Pero el proletariado en la persecución de su interés de clase no puede ir realizando linealmente y sin tomar en cuenta el interés de otros grupos sociales. Estos otros grupos sociales serían principalmente la clase capitalista y los grupos medios (técnicos, profesionales, especialistas, burócratas, etc.). Al tomar en cuenta el interés de ellos se establecen alianzas de clases cuya base y cuyo contenido habría que analizar.

El primer problema de este análisis sería aclarar, de donde viene el poder de las otras clases y cómo se explica el hecho de que el proletariado —una vez tomado el poder no tiene todo el poder; y que tiene que seguir tomando en cuenta el poder de las otras clases. El proletariado puede tomar el poder político y con éste el poder sobre los medios de producción, sean todos o los principales— sin poder orientarlo exclusivamente hacia su interés de clase. En una situación tal el proletariado toma el poder político y el poder sobre los medios de producción sin llegar a tener todo el poder económico.

En la situación chilena hay muchas razones para eso. El proletariado llegó al poder político pero dentro de una legalidad burguesa. Puede llegar ahora al poder sobre los principales medios de producción sin poder extender la propiedad social sobre todos los sectores de la sociedad. Las fuerzas capitalistas, por otro lado, mantienen un poder autónomo y significan una amenaza real para el poder del proletariado. De hecho no se ha constituido una dictadura del proletariado del tipo leninista, con el resultado de que existe una continua lucha para lograr influencia sobre los distintos sectores de la sociedad chilena.

Los polos de esta lucha son claros. Por un lado, el capital monopólico, que se está defendiendo y buscando una penetración del sector de pequeños y medianos capitalistas, de los técnicos, profesionales y de los subgrupos obreros en el grado en el que se muestran accesibles. El capital monopólico busca una alianza de todos estos grupos para volver al poder. Por otro lado, el Estado socialista, apoyándose en el área de propiedad social (APS) y buscando la penetración de estos mismos sectores, es decir, del sector de pequeños y medianos capitalistas, de técnicos, profesionales y de la misma clase obrera en su totalidad. Esta penetración tiene como objetivo llevar a la toma de conciencia de la clase obrera sobre su interés de clase y a la disposición de los otros grupos sociales para aceptar una alianza con esta misma clase obrera, en la cual esta última se constituye como clase dominante.

Sería ahora erróneo explicar el hecho de esta lucha por la especificidad chilena de la vía socialista. En otra forma esta misma clase se ha dado en todas las sociedades socialistas que se constituyeron como dictaduras del proletariado.

Además, parece muy claro, que esta misma lucha por la alianza con otros sectores sociales en las sociedades socialistas sigue también después de haber constituido toda propiedad de medios de producción como propiedad social.

El mismo carácter capitalista de la propiedad privada, por consiguiente, tampoco explica suficientemente la necesidad de tales alianzas aunque pueda explicar dificultades especiales para lograrlas.

El poder de los otros grupos hay que explicarlo, por lo tanto, no por la sobrevivencia de sectores de capital privado ni por el carácter abierto de la lucha entre el capital monopólico y el Estado socialista (la falta de una dictadura del proletariado). Su poder debe radicarse en otras razones.

La alianza con los otros grupos sociales, la división del trabajo y la producción socialista de mercancías.

De hecho, la necesidad de la alianza radica en la propia forma de la división del trabajo existente y en las razones objetivas que imponen a la sociedad socialista seguir desarrollándose en términos de la producción de mercancías.

Las dos razones mencionadas —la producción de mercancías y la división del trabajo— determinan en conjunto los términos posibles de la alianza. Hace falta, por lo tanto, analizarlas más de cerca:

1. — *La sobrevivencia de la producción mercantil en las relaciones socialistas de producción.*

Ella se debe a la complejidad siempre cambiante y en desarrollo de la estructura económica moderna. El cálculo monetario y el intercambio mercantil solamente podrían desaparecer en el caso de un estancamiento total de las fuerzas productivas (una alternativa que hay que excluir), o en caso de una transparencia tal del conjunto del proceso del trabajo de la sociedad que permitiera una planificación totalmente central de la economía entera. Como se conoce hoy mucho mejor el fenómeno de la interdependencia económica que en el tiempo de Marx, este segundo caso —que sería el único deseable para la economía socialista— tampoco se da y prácticamente no se puede suponer, que algún día se dará. La complejidad de la tecnología moderna se desarrolló a la par con los instrumentos de la planificación y del control de la industria compleja. Como las tecnologías que permiten una planificación más racional son las mismas que permiten una complejidad de la industria por planificar, la distancia entre las dos sigue siendo la misma. Así, en la Unión Soviética, hay un desarrollo de la técnica de planificación tal que se necesitaría hoy emplear más del 80% de la mano de obra para planificar si se aplicaran los métodos vigentes en los años 30. Pero la planificación soviética no está por eso más cerca a la desaparición de la producción mercantil que antes, porque la tarea de planificación se enfrenta a una industria más compleja.

Por lo tanto, la sobrevivencia de la producción mercantil se debe a razones objetivas no influenciadas por la estructura socialista. Si bien el socialismo las puede combatir, limitar, usar concientemente, no las puede desarraigat. Tiene que vivir con ellas y combatir concientemente sus contradicciones y antagonismos. Por eso la revolución socialista no se hace una sola vez sino que sigue haciéndose todos los días de nuevo.

Tal sobrevivencia de las relaciones mercantiles tiene consecuencias sobre el carácter de la planificación socialista y sobre la formación de sectores

dentro de la estructura general de producción. Nos interesan sobre todo dos: a) la planificación no puede ser total. Se podrá planificar centralmente solamente un núcleo de bienes básicos y esenciales. Una especie de conjunto central de la economía socialista, que puede comprender los principales medios de producción, las materias primas más importantes y la producción de los bienes de consumo masivos y esenciales. Pero ni siquiera en cuanto a este núcleo central puede ser completa. Tiene que agregar el conjunto de estos bienes en un número tal, para que sea factible una planificación central. Este núcleo incluye, por ejemplo, en la Unión Soviética alrededor de 400 bienes (agregados) que entran en la tabla de insumo-producto nacional. Tomando en cuenta que la suma total de bienes estadísticamente contados pasa más allá de los 100.000, tienen que quedar muchos bienes simplemente fuera de la planificación y otros pueden entrar solamente a través de la agregación con otros parecidos.

Es claro ahora, de que un plan central de este tipo exige una desagregación de las cifras en el plano de la empresa centralmente planificada que la remite, de todas maneras, a criterios de decisión descentrales. Pero estos criterios necesariamente se basan en estimaciones mercantiles, mediciones en dinero, aunque no sigan necesariamente la línea de la maximización de las ganancias.

b) El carácter necesario y objetivamente dado de esta planificación central deja fuera un determinado número de bienes que necesariamente caen fuera del plan central y constituyen, por lo tanto, todo un sector diferente del sector planificado. Se trata, en el fondo, del área de la producción pequeña o mediana, que se dispersa en un sinnúmero de empresas, que pueden producir directamente para el mercado de bienes de consumo o en función de las grandes empresas. Estas empresas, en general, actúan de manera subordinada a la empresa grande, que entra en el área del plan central. Pero se trata de una subordinación que, únicamente, se puede ordenar a través de contratos de compra y venta, de créditos, etc. Toda esta área, que en gran parte incluye la producción agraria, es por lo tanto típicamente distinta del área central que origina en el interior del sector centralmente planificado el problema de la desagregación de las cifras del plan central y fuera de él la sobrevivencia de la pequeña producción ordenada por criterios descentrales.

Los dos sectores referidos existen por las razones indicadas de la sobrevivencia de relaciones mercantiles en el socialismo en todas las economías socialistas, aunque sean estructuradas de maneras diferentes. Así, en la Unión Soviética, el sector de la pequeña producción sigue siendo planificado en gran parte por balanzas materiales del tipo regional, lo que origina todo el aspecto de burocratización de esta economía. Pero los planes racionales elaborados no se integran al plan central, sino forman una especie de subplanificación en tensión continua con el plan de bienes centrales planificados. La economía china en cambio no intenta integrar la pequeña producción de esta manera. La deja más bien autodeterminarse en base a contratos de compra-venta con almacenes estatales, empresas grandes, etc., lo que permite una flexibilidad mucho mayor.

De todas maneras, los dos sectores siempre tienen su dinámica propia cada uno, lo que hace necesaria una solución específica en cuanto a la relación entre ellos. Por otro lado, los sectores en el tránsito al socialismo, siempre surgen a través de una distinción entre propiedad socialista y propiedad privada. El Estado socialista toma el poder sobre los medios de producción nacionalizando la gran industria. Con eso tiene el control económico. Puede dejar sobrevivir por lo tanto, un tiempo más o menos largo, la producción pequeña y mediana. Con eso surge la apariencia de que la tensión entre los dos sectores sea un problema de la relación propiedad social-propiedad privada. Pero toda la experiencia socialista demuestra de que no es así. La tensión entre los sectores se deriva de la sobrevivencia de relaciones mercantiles, y llega a tener solamente un matiz propio si existen en los dos sectores distintas formas de propiedad jurídica.

Pero este matiz propio es decisivo en el período de la transición en el grado de que se mantiene la propiedad privada en la producción pequeña. La lucha ideológica por la alianza de clases encuentra allí uno de sus puntos neurálgicos.

2.— El tipo de división del trabajo.

La complejidad de la tecnología moderna impone una alta especificidad de los distintos tipos de trabajo. Estas especificidades crean distinciones muy fuertes dentro de la fuerza total del trabajo. Estas distinciones no se refieren únicamente a la diferencia entre trabajo de dirección y ejecución, sino igualmente al trabajo intelectual y manual y a las especificidades de cada uno de estos tipos de trabajo en sí. Esta necesaria especialización del trabajo no crea de por sí problemas de poder entre los distintos tipos de trabajo. Pero lo hace siempre y cuando la diferencia del trabajo social crea alta especialización por un lado y baja especialización por otro. En este momento la fuerza del trabajo se polariza entre trabajo de dirección y de ejecución, intelectual y manual, especializado y simple. Pero como el hombre adulto está determinado íntegramente por el tipo de especialización que ha recibido en su juventud, la especialización desigual crea un poder especial dentro de la división general del trabajo. Ya no puede cambiar de un polo al otro, una vez entrado en el proceso de trabajo, fuera de pocas excepciones.

La estructura clasista de la sociedad, por supuesto, refuerza este fenómeno. La clase dominante puede monopolizar tendencialmente el poder de especialización de su propia fuerza de trabajo, reservando para la clase dominada el trabajo no especializado o determinadas especializaciones que dan poco poder social.

Pero el fenómeno mismo tampoco es exclusivo de la sociedad de clase capitalista. En la sociedad socialista sigue en pie una división del trabajo que necesita diferentes proporciones de especialización de la fuerza del trabajo. Por otro lado, la especialización del trabajo significa costos para la sociedad. Eso excluye prácticamente la posibilidad de una especialización igual de todos que, además, por razones de la ejecución del trabajo, no es necesaria.

La misma lógica económica, por lo tanto, tiende a reproducir las diferencias de la especialización de la fuerza del trabajo. Pero con eso reproduce el poder social del trabajo especializado. Eso se debe al hecho de que es más fácil trasladar un trabajador más especializado a un puesto de trabajo que exige menos especialización, que al revés. En términos de la especialización del trabajo la movilidad hacia abajo es más fácil que hacia arriba. Por lo tanto, el grupo más especializado es menos reemplazable que el menos especializado. Eso determina su poder más alto de negociación.

La apariencia lleva ahora a la convicción general de que el trabajo más especializado es más productivo que el trabajo simple. Una convicción de este tipo es muy útil para técnicos, burócratas, trabajadores especializados, etc., porque les permite insistir en determinada desigualdad de los ingresos. Pero esta convicción es falsa. Un trabajo vale exactamente lo mismo que cualquier otro, especializado o no, con la única condición de que esté disponible en las proporciones socialmente necesarias.

La teoría liberal de la productividad de factores inventó todo un conjunto ideológico para evitar tal conclusión. No habla nunca de la productividad del trabajo a secas sino solamente de la productividad marginal de los distintos tipos de trabajo. Sostiene de que tal productividad marginal del trabajo es distinta, según la especialización del trabajo, con el resultado de que la diferenciación de los ingresos aparece como una exigencia directa de la racionalidad económica. Frente a tal criterio marginalista hay dos críticas principales, una de la coherencia interna de la teoría y otra sobre la vigencia general de la teoría.

a) *coherencia interna*. Si se mide la productividad marginal, la igualdad de ingresos del trabajo se da en el caso de que la productividad marginal de la hora/trabajo sea igual en todos los trabajos de la economía.

Pero la teoría marginalista no expresa el óptimo económico en estos términos. Ella introduce, como una opción de valores, la desigualdad de ingresos en su esquema. Exige, por lo tanto, en relación al óptimo solamente, de que cada trabajo concreto sea remunerado según su productividad marginal. Cuanto más escaso es, por lo tanto, un trabajo específico más alta será su remuneración.

Pero es muy claro, de que una formulación tal del óptimo es distorsionada y corresponde a la función apologética de la teoría marginalista. No describe de ninguna manera el máximo económico. Este se daría más bien en el caso que se aumente tanto el trabajo especializado, en todas sus formas, hasta que la hora/trabajo humana tenga un rendimiento igual en todas sus aplicaciones. Pero visto el trabajo así, se ha reemplazado el trabajo concreto por el trabajo abstracto. El óptimo económico coincide a la vez con el máximo de rendimiento del factor trabajo.

El análisis de este caso demuestra de que la teoría liberal es incapaz para enfocar el problema de la racionalidad económica en su conjunto. Conoce solamente la racionalidad del capital, no del trabajo. En cuanto al rendimiento de los medios de producción tiene, por consiguiente, una posición diferente que en cuanto al trabajo. Allí no sostiene que el rendimiento de los medios de producción tienen que coincidir con su productividad marginal

simplemente. Al contrario, esta coincidencia se acepta como racional solamente en el caso de que la productividad marginal de los medios de producción sea igual en todos los usos de capital. Sería lógico sostener lo mismo para el trabajo humano y el salario pagado.

Pero al teórico marginalista no se le ocurre eso siquiera. Y no se le puede ocurrir, porque dentro de estructuras capitalistas hay una incompatibilidad entre rendimiento marginal igual del capital y rendimiento marginal por horas/trabajo. Para realizar tal tipo de maximización la estructura de clase tendría que ser totalmente tajante, con salarios iguales de todos los asalariados y proveniencia directa de los ingresos altos de la ganancia. Un sistema de este tipo no podría sustentarse socialmente.

El teórico marginalista, por lo tanto, prefiere aguantar una incoherencia teórica, para evitar caer en una crítica a la estructura capitalista de la sociedad. Sabe que es un apologeta y se mantiene en los límites correspondientes. Por otro lado este ejemplo demuestra, una vez más, que cualquier teoría de la racionalidad económica —para ser lógicamente coherente— se tiene que transformar en teoría científica de la sociedad socialista.

b) *Validez general de la teoría marginalista.* Lo anterior demuestra solamente que también la teoría marginalista tendría que llegar a la conclusión de que máximo económico e igualdad de los ingresos coinciden. Pero, a pesar de eso, la teoría marginalista da una expresión deficiente de este máximo.

Sin entrar en una discusión más acabada de la teoría marginalista, podemos destacar un punto que de por sí sólo justifica usar otro instrumental teórico. Se trata del hecho de que la teoría marginalista no trabaja con conceptos operacionales cuantificables, con el resultado de que sus tesis teóricas no tienen ninguna validez para la acción. Hasta ahora no se ha encontrado —y se puede comprobar de que es imposible encontrarlo— un sistema de contabilidad que capacite a una empresa para efectuar un cálculo del tipo marginalista. Se trata de un esquema cualitativo con apariencia cuantitativa, que no sirve para ningún objetivo práctico.

La concepción marxista, en cambio, parte del hecho de que una determinada capacidad técnica o fábrica siempre necesita diferentes tipos de trabajo en proporciones determinadas. Dada una situación tal, no se dan productividades marginales de cada uno de los elementos necesarios para la producción. La situación optimal en este caso se describe mucho más exactamente por el concepto del trabajo socialmente necesario: la situación optimal se da en el caso en que se da la igualdad del ingreso, porque los diferentes tipos de trabajo están dados en proporciones socialmente necesarias.

Toda esta reflexión sobre la división del trabajo y sobre las especializaciones del trabajo nos permite sacar dos conclusiones:

a) El óptimo económico incluye la exigencia de la distribución igual del ingreso. La meta de la igualdad del ingreso no es una meta "política", que distorsiona la racionalidad económica "pura". Es al revés.

b) El trabajo directivo, intelectual y especializado tiene un poder de presión intrínseco, que le permite imponer a la sociedad una determinada desigualdad del ingreso. Este poder se debe principalmente al hecho, de

que el trabajo no calificado tiene muy poca movilidad hacia arriba, con el resultado de que la posición del trabajo más bien especializado determina una posición monopólica.

3. *Interés de clase del proletariado y alianzas de clases.*— De eso se deriva, que la sociedad socialista tenga obstáculos más bien determinados en su afán de realizar una sociedad con un uso racional de los medios económicos:

1.— De la sobrevivencia de relaciones mercantiles se deriva una división de la economía total en dos sectores:

- a) El sector de la gran industria, accesible a la planificación central.
- b) El sector de la pequeña y mediana producción, que no puede ser centralmente planificado.

Pero la experiencia socialista demuestra, por otro lado, de que se está dando una división adicional que lleva a la constitución, de hecho, de tres sectores:

a) El sector de la gran industria que produce para el mercado consumidor. Este mercado tiene rasgos específicos que determinan que la conducción de este sector sea específica. Depende de gustos, en parte de caprichos, etc. Tiene además un tipo específico de diversificación del producto y de la propaganda e información comercial. Tiene que ver principalmente con dos tipos de productos:

aa) De consumo masivo.

bb) De acceso parcial. Se distribuyen o por consumo colectivo o por desigualdad de ingresos particulares.

b) El sector de la gran industria, que produce medios de producción para el mercado de productores. Determina las tecnologías aplicadas en el sector anteriormente mencionado. Se lo puede planificar centralmente en el sentido más estricto.

c) El sector de la pequeña y mediana industria, que produce tanto para el mercado de productores —en este caso está indirectamente planificado por este sector—, o para el mercado consumidor directamente.

En este sector es más factible conservar un criterio de la maximización de las ganancias. Incluye en el fondo la industria artesanal y, parcialmente, la agricultura.

2.— Del carácter mencionado de la división del trabajo y de la especialización de medios de producción y, por lo tanto, al desarrollo futuro del país. de los ingresos, aunque la meta sea la distribución igual.

Esta desigualdad de la distribución puede ser de grados distintos según las circunstancias:

a) El grado de subdesarrollo del país influye fuertemente. En la situación del subdesarrollo un alto grado de desigualdad conduce a un uso exagerado de las capacidades tecnológicas complejas para la producción de bienes de consumo, imponiendo restricciones fuertes al desarrollo de la producción de medios de producción y, por lo tanto, al desarrollo futuro del país.

b) La disposición subjetiva del trabajo especializado (intelectual, directivo) de renunciar al uso de su poder monopólico en la sociedad. Hace falta

siempre aguantar una desigualdad tal, que estos grupos mantengan su disposición a colaborar eficientemente en el proceso de trabajo.

Con eso tenemos las bases generales para discutir el problema de las alianzas de clases. La problemática hasta ahora descrita es general de toda sociedad socialista. Los sectores descritos y las posibles desproporciones entre ellos, y los poderes sociales de determinados grupos de la sociedad analizados, se reproducen continuamente en la sociedad socialista. De éso resultan continuamente posibles antagonismos que la sociedad socialista tiene que solucionar permanentemente.

Resulta, que la revolución socialista no puede ser concebida en términos de un sólo acto revolucionario, sino solamente como el inicio de un proceso de revolución permanente. Como se reproducen continuamente las desproporciones y los antagonismos, tiene que reproducirse igualmente la revolución. Tiene que producirse la movilización popular, para usar un término más acostumbrado.

Sin embargo, para la situación chilena, interesa mucho más cuáles son los rasgos específicos de la transición a este tipo de socialismo. En esta transición, por supuesto, están presentes ya los problemas generales indicados, pero tienen una especificidad resultante del choque entre un capitalismo todavía vigente y una estructura socialista en aparición. Si bien surgen, todos los problemas analizados anteriormente, interesa la forma especial de su surgimiento.

El tránsito, al cual nos referimos, ocurre como confrontación de un capitalismo vigente y un sector socialista nuevo, que se produce a partir de la acción política del Estado socialista. El capitalismo vigente tiene su fuerza motriz en el capitalismo monopólico interno y externo. El Estado socialista tiene su poder a partir de las masas populares y los instrumentos legales que el Estado burgués dejó.

La confrontación entre ambos es doble. Por un lado hay todo un problema específico de la situación chilena. El Estado socialista actúa a partir de la legalidad burguesa existente y tiene que desarrollarse en el interior de una democracia parlamentaria. Este elemento nunca ocurrió en la construcción de los socialismos anteriores (soviético, chino, cubano, yugoslavo, etc.). En los otros casos siempre el poder político del Estado socialista está asegurado por un sistema de dictadura del proletariado. El Estado socialista, por lo tanto, no necesita el acuerdo expreso de las masas expresado periódicamente en elecciones generales. En el caso chileno éso es distinto. Necesita tener continuamente (a corto o mediano plazo) el acuerdo mayoritario expreso de las mayorías. En el grado en el que los grupos medios, pequeños empresarios, etc., forman grupos sociales grandes, hace falta un determinado tipo de alianza de clases, para que estos grupos estén dispuestos a apoyar la continuidad de la construcción del socialismo en Chile.

Pero eso no es el único sentido de la alianza de clases, quizás ni el más importante. El otro sentido se nos revela cuando suponemos que el poder político del Estado socialista se puede sustentar nada más que por el apoyo de las masas obreras y campesinas del país. En este caso, la necesaria alianza de clases se impone por la simple necesidad, de poder convertir continua-

mente el poder político del Estado socialista en poder económico de conducción de todo el proceso económico del país. Se trata, en último término, del poder de conducción sobre los medios de producción, independiente de la forma jurídica de propiedad vigente. Si en este plano no se logra la alianza de clases, los grupos medios bloquean el proceso económico, a pesar de no poder destruir el poder político del Estado socialista. Pero lo llegan a socavar a largo plazo. En este segundo sentido la alianza de clases es imperiosa para todos los socialismos que han surgido hasta ahora.

En términos muy resumidos, es el problema de la colaboración de los pequeños capitalistas y de los técnicos en general en la construcción del socialismo. Pequeños capitalistas y técnicos burgueses describen así la alianza de clases necesaria en el tránsito a la construcción del socialismo. Esta fórmula da por lo tanto la especificidad del tránsito.

Para aceptar este análisis, solamente hace falta recordar que el problema de los pequeños capitalistas y de los técnicos burgueses es específico para este período de tránsito, tomando solamente otra especificidad en la sociedad socialista misma. En esta ya no se trata de capitalistas y burgueses, pero sí de producciones pequeñas y técnicos socialistas. Pero sigue siempre en pie la necesidad de la alianza, aunque con esta otra especificidad. La conversión de estos grupos en nuevas clases dominantes es un peligro continuo de la sociedad socialista, frente al cual hace falta una continua movilización de masas junto con una política de alianza.

En el período del tránsito, sin embargo, esta alianza es más difícil establecerla que dentro de la sociedad socialista constituida. La razón reside en el hecho de que la vuelta al capitalismo todavía parece mucho más factible y de que los grupos medios viven todavía ideologías y valores provenientes de la sociedad capitalista anterior. En el caso de los pequeños y medianos capitalistas existen hasta estructuras de propiedad derivadas de las anteriores.

Toda la alianza ahora no tiene simplemente el sentido de asegurar el poder del Estado socialista. Se trata más bien de lograr una integración de los grupos medios en la construcción del socialismo. Es una alianza en función de un proyecto de sociedad futura, no una alianza inmediatista y pragmática. En eso residen problemas adicionales. No se pueden usar todos los medios pensables para lograr tal alianza. Estas limitaciones entonces habría que discutir las:

- 1.— La alianza, si bien exige continuar con determinadas desigualdades de los ingresos, no puede ofrecerle a estos grupos medios las mismas ventajas materiales que gozaron anteriormente. La reestructuración de la economía necesariamente tiene que dirigirse hacia bienes del consumo masivo.
- 2.— La alianza no les puede ofrecer una garantía de propiedad para la eternidad a los capitalistas privados. La garantía siempre puede ser solamente provisoria, y —aunque se dé en forma infinita— los grupos capitalistas no podrán tener confianza a largo plazo. La garantía puede establecer solamente un plazo de tolerancia.

Dada una situación tal, el problema ideológico pasa al primer plano. Hace falta interpretar el proyecto de la sociedad socialista en relación al lu-

gar que estos grupos van a ocupar en la nueva sociedad. Hay que interpretar entonces las etapas del tránsito en relación a los intereses de ellos.

Eso nos permite de nuevo discutir el problema de los sectores de la sociedad socialista. Como el tránsito se da del capitalismo al socialismo, los sectores de propiedad corresponderán a esta situación. El área de propiedad social, como sector socialista. El área de propiedad privada, que todavía no se incluye en la propiedad socialista, y el área de propiedad mixta en el sentido de un área de compromiso. Estas máximas áreas se dieron —igual como en el caso chileno— también en otros tipos de tránsito al socialismo.

Pero estas áreas no son y no pueden ser definitivas. Tienen la perspectiva de transformarse en áreas diferentemente constituidas en la sociedad socialista. Y el problema de interpretación consiste en hacer comprender a los grupos medios, de que en este tránsito tienen que transformarse ellos mismos.

En esta perspectiva del tránsito existe, por un lado, el problema de la reestructuración de las áreas. El área de propiedad privada tiene la perspectiva de transformarse en sector de pequeña producción socialista, ordenado más bien por tipos de autogestión empresarial. En este caso la perspectiva del pequeño capitalista, a largo plazo, es más bien ser gerente contratado de tales empresas. En el caso del área mixta la perspectiva es más bien su inclusión en el área de propiedad social, con una consiguiente subdivisión de esta área en área de producción para el mercado consumidor y área de medios de producción.

Por otro lado, la perspectiva del técnico es pasar hacia una estructura de producción, dentro de la cual la desigualdad de ingresos llegue realmente al mínimo necesario impuesto por la naturaleza específica de su trabajo y los límites psicológicos para poder conseguir su colaboración.

Estas son las principales limitaciones de la alianza. En relación a ellas parece realmente difícil hacer concesiones por parte del sector estatal socialista. Pero esta dificultad se hace especialmente más grande, en cuanto se reflexiona sobre los argumentos principales que el sector monopólico puede jugar para ganar los sectores medios para una alianza con ellos. Puede ofrecer, para el caso de una vuelta al capitalismo, devolverles a estos grupos todos los privilegios que dentro de la sociedad capitalista ya han gozado.

Todo este análisis, entonces, hace comprender la dificultad de una política de alianzas. El gobierno socialista en esta situación tiene la siguiente salida: por un lado necesita organizar y movilizar las masas populares de una manera tal que una contraalianza entre capital monopólico y sectores medios pierda la esperanza de poder progresar. Un esfuerzo en esta línea puede ser reforzado todavía por el argumento de que el subdesarrollo es producto del carácter capitalista de la sociedad. Este último, por lo tanto, significa reproducción continua de nuevas revoluciones socialistas hasta que se establezca definitivamente tal sociedad. Por otro lado este esfuerzo en relación a los grupos medios tiene que elaborar una perspectiva del socialismo en la cual estos grupos medios —si bien no gocen de los mismos privilegios materiales, etc., de antes— puedan ver una perspectiva de vida aceptable.